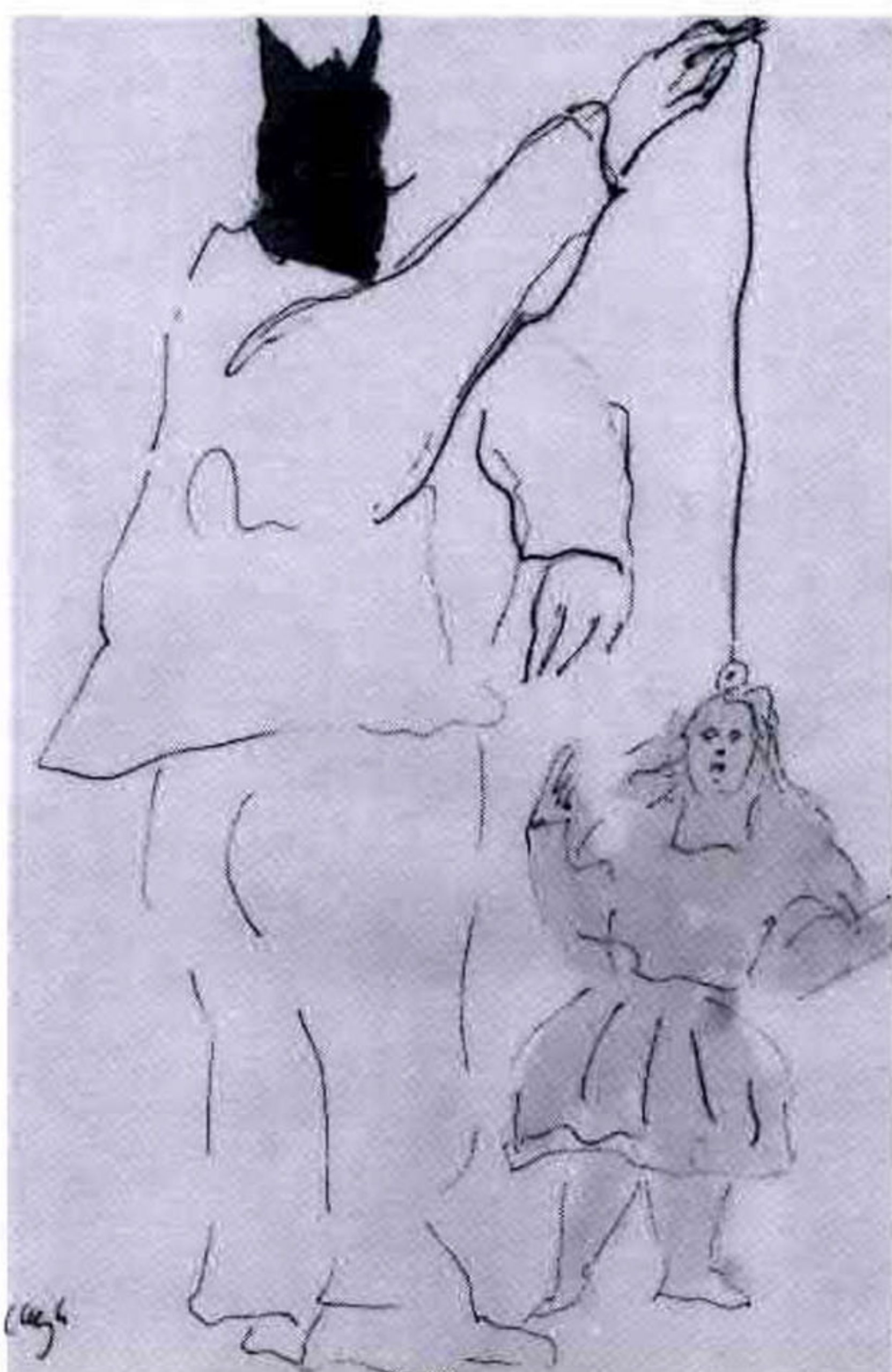


colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

*Sendas de
tinta*

Roberto Vallarino



Fue fundador y coordinador de la sección cultural de *Unomásuno*, fundador y codirector de la revista *Cuadernos de Literatura*. Agregado cultural de la embajada de México en Yugoslavia (1981), coordinador de la Colección Letras Nuevas de la SEP y de talleres de periodismo cultural del ISSSTE, organizador de los encuentros de Poetas Jóvenes de la Frontera Norte (1984-1986) y asesor del Programa Cultural de las Fronteras. Corresponsal de guerra en el frente Irán-Irak, investigador en la Universidad de Utah y asesor del Museo Amparo en Puebla. Coautor de *Cinco poetas jóvenes* (1977). Autor de poesía, novela, ensayo, antología y narrativa. Becario del Centro Mexicano de Escritores (1975-1976 y 1978-1979) y de la Fundación Fullbright (1988-1990), así como miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fonca (1999-2002).

Algunos encuentros con Salazar Mallén	447
Acróstico en prosa para Dolores del Río	452
Breves recuerdos de doce años en <i>Sábado</i>	456
Algunas aproximaciones a la aún inconclusa década de los 90 en México	461
Murió Blue Eyes Frank Sinatra (1915-1998). . .	468
EVOCACIONES	471
El cubo categórico	473
La lupa de mi abuela	474
La catedral de Chicago	475
Jargón Drarrón	476
El espejo del brujo superior	477
La caracola travesti.	478
La caja de Pandora del Báltico	479
Incensario de Ankor Bat.	480
El dragón maléfico	481
Punta de un compás antiguo de navegación . .	482
Adminículo encontrado en el Gran Bazar de El Cairo.	483
El amuleto de un faraón.	485
Máscara de bronce de una esclava romana . . .	486
Plegadera de marfil juchiteca o africana	487
Ojo de venado de Puerto Escondido.	487
El hacha nietzscheana	488
Pisapapeles de bronce de la escuela de Tàpies	489
ENCARTA	491
Roberto Vallarino: el espinoso camino de los jóvenes	493
Polaroid del Maligno (antihomenaje a Roberto Vallarino)	502
Roberto Vallarino: crítico profundo e implacable	506
Roberto Vallarino, novelista.	508
Roberto Vallarino: en busca del Santo Grial . .	510

Prólogo
La comedia enseñanza de Roberto Vallarino

Nos hallamos reunidos a fin de celebrar la vocación literaria que, con gran acierto, ha llevado adelante Roberto Vallarino. Su labor se ha diversificado particularmente en el cultivo de la poesía y el ensayo, y en uno y otro el acierto ha sido norma que guía la intensidad de su emoción y la precisión de su juicio.

En esta oportunidad haré referencia a algunas opiniones acerca de la poesía mexicana más notable de nuestro pasado inmediato. Por su pluma desfilan, justamente apreciados, vistos con inteligencia, poetas sobresalientes que han contribuido a hacer de nuestras letras una continuidad digna no sólo de reconocimiento sino de admiración. Sor Juana Inés de la Cruz, Salvador Díaz Mirón, varios de los llamados "Contemporáneos" y sus posteriores, hasta llegar a Tomás Segovia y José Carlos Becerra. Acercarse a esos textos ayuda a obtener la información necesaria, debidamente evaluada, para internarse con seguridad en el laberinto en que a la postre se ha transformado nuestra poesía.

Al referirse a sor Juana Inés de la Cruz, Roberto Vallarino afirma, de acuerdo con Octavio Paz, que la crítica ha venido a acrecentar las confusiones en su afán de dibujar la imagen de la religiosa, por encima de la presencia de la mujer. Se ha pretendido,

tesoneramente, considerar a la monja impregnada de dogmas y no a la persona que, gracias a su cultura humanística, solía mirar más allá de los prejuicios de su época. La controvertida índole de la gran poetisa, a quien Octavio Paz ha estudiado de acuerdo con el propósito evidente de humanizarla, desmitificarla, hacerla real y tangible, encuentra en el comentario de Vallarino una exposición sumamente clara que ayuda a comprender el sentido de su poesía.

Cuando Vallarino se refiere a Salvador Díaz Mirón, el recio hombre que llamaba justicia a su violencia y hacía del verso la víctima propicia de su rigor, exalta, más que su significado en el panorama literario, su persistente rebeldía, poco a poco disminuible ante una realidad cuyo desarrollo resultaba adverso a su voluntad. En la obra de sus últimos años esa característica se esfuma y da paso a la aceptación de nuevas actitudes. No nos enfrentamos ya ni con el excelso romántico, ni con el oscuro modernista, y me atrevo a suponer —dice el autor— que aunque en su vida el ímpetu poético no se vio nunca menguado por los sucesos que vivía en el mundo cotidiano y político de su época —ya sea por la edad, ya por su apatía—, sus últimos poemas no ofrecen al lector nada nuevo ni excepcional, pues como él mismo escribió alguna vez: “Nadie tendrá derecho a lo superfluo/mientras alguien carezca de lo estricto”.

Al correr de sus ensayos, Vallarino manifiesta su preferencia por uno de los mayores poetas de la generación de Contemporáneos: Gilberto Owen. Si sus compañeros de armas literarias conformaban un “grupo de sociedades”, Owen otorgaba a esa condición una actitud decisivamente existencial. El silencio era su defensa. “La comprensión de la vida

como una vertical definirá por siempre al hombre que fue; para él el ser humano es una entidad que asciende o desciende, o habla o se petrifica en ese universo rígido y cristalizado del silencio al cual, en última instancia, está condenado. Y así se teje poco a poco la malla de la contradicción intensa que encontraba en las relaciones vitales del hombre: entre el universo y los individuos, el conocimiento y la conciencia natural, el sueño y la vigilia que provoca a los actos, todos esos elementos que remiten a la noción de *existencia* como núcleo del que se generan las pasiones y dolores del ser."

Durante lustros, la poesía de Gilberto Owen fue casi desconocida entre nosotros. La edición de su obra completa, en 1953, empezó a cambiar en algo las reglas del juego, y en nuestros días es ya juzgada con justicia por las nuevas generaciones. Su poesía, piensa Vallarino, "es un ejemplo sensible, único, de vocación intelectual, vital y existencial, en cuyo seno se expresan las necesidades de uno de los Contemporáneos más significativos, que asumió ese sentido de fatalidad que en buena medida define a su generación".

Con tal rigor, mediante ese conocimiento de los temas, con la generosidad de juicio que a veces distingue al crítico, Roberto Vallarino aborda la obra de otros poetas y, también, la de dos excelentes prosistas, Juan García Ponce y Salvador Elizondo, a fin de entregarnos ensayos de grata lectura y comedida enseñanza. Porque Vallarino fortalece su espíritu con la idea de que "la poesía es una puerta que nos permite iluminar el mundo mediante el auscultamiento del ser. Un poema está hecho de gramática, de voces, de acentos, de cantos, de ecos perdidos en los abismos de la vida o el silencio. La existencia se refleja o se refracta en el espacio de la

página en blanco que el poeta puebla con los signos de sus obsesiones y deseos”.

Tal es el crítico que hoy he querido destacar de entre las distintas facetas de su trabajo literario.

Alí Chumacero
Octubre de 2001

PARA DAR LA PALABRA

Las batallas en el desierto *de José Emilio Pacheco*

Viví y crecí en la colonia Roma, observé las transformaciones terribles y desproporcionadas que hicieron de su rostro aún decimonónico una jeta urbana marcada por violentos navajazos. Entonces la Plaza Río de Janeiro aún poseía caminillos de tierra en lugar de adoquines y no se erguía en su centro el bicéfalo David que ahora pretende adornarla e inferirle un carácter cosmopolita que era más obvio y vívido hace quince o dieciséis años. El sistema de transporte colectivo no era entonces ni siquiera una idea vaga y en donde ahora se recorta, circular, la estación Insurgentes, antes tejía sus mallas de metal un endemoniado cruce de tranvías circundado por decenas de torterías y taquerías que constituían lo que, desde un trozo ya inexistente de la calle Jalapa, era el preludio a una Zona Rosa incipiente.

La colonia Roma fue —lo es aún, cada vez menos— un espacio de contrastes increíbles. A dos calles del Colegio México —que recibía a sus alumnos con las puertas eclesiásticamente abiertas, con uniforme casi militar los días de gala, prohibiendo absolutamente el uso de mezclilla y cabellos largos—, entraba uno en un universo proletario de proporciones inimaginables, como lo era el barrio de Romita; en torno al Quid, que era un sitio muy exclusivo, *ad hoc*, a ciertas necesidades ficticias de

la clase media cincuentera o sesentera, se ocultaban innumerables cantinas y expendios de cerveza; no lejos del Club Deportivo Vanguardias había vecindades tétricas cuyos inmensos zaguanes utilizaban los teporochos para dormir y cubrirse del frío. Así, los parangones podrían ser innumerables y sólo apuntarían, en mi entendimiento, a recrear una serie de modelos que vivimos muchos jóvenes y niños y que ahora, violentamente trocado el rumbo de la fisonomía citadina, han dejado de existir y esto nos impide encontrar una serie de puntos de referencia en los cuales uno funda lazos internos y vasos comunicantes con innumerables experiencias del pasado que conforman buena parte de nuestra cultura, es decir, nuestra cultura adolescente.

Es en esta dirección que el relato de José Emilio Pacheco *Las batallas en el desierto* resulta testimonio único de una colonia Roma anterior a la vivida por nuestra generación —la de los años 40 y 50— que nunca antes había visto reflejada y transformada en voz literaria su rostro, su gesticulación.

El título alude a la toma de conciencia de un adolescente de la nueva clase media del México alemanista y a las luchas morales que ésta le motiva. Toda la trama se desarrolla en la citada colonia en el seno de esa familia de clase media incipiente y en el tejido de costumbres, fórmulas y caracterizaciones que conducen a Pacheco a lograr, en mi opinión, uno de los más ricos trabajos de su narrativa pues, independientemente de la identificación que pueda sentir el lector con el tiempo y el espacio del texto, la manera de tratar a cada personaje por separado y el encuentro con el esguince doloroso que los une en la vida cotidiana hacen de estas batallas en el desierto el texto más cálido, potencial y emotivo de la narrativa de José Emilio.

El relato de Pacheco es un rescate de orden histórico: la literatura, entre sus múltiples ventosas, aspira en nuestros días a la escandalosa y vacía retórica; Pacheco violenta esta aberración y enseña cómo el tiempo otorga perspectiva a la vida y ésta se vuelve verdad al ser encarnada en ese otro lado del espejo constituido por la experiencia literaria.

Uno recuerda... no recuerda... pero finalmente la reconstrucción es vida, experiencia sentida y presentada. El tiempo puede arrancarle al escritor o al artista su ciudad, sus pueblos, edificios y casas que se derrumban como un árbol seco y abre como fauces hambrientas sus baldíos que se convertirán, primero en basureros y refugios del subempleo y el desempleo, después, en cimientos de construcciones impersonales hechas de vidrios y plásticos y apariencias urdidas en las mentes y en los bolsillos de fraccionadores insensibles. Lo que no puede arrancarle el tiempo a un novelista es su memoria, la capacidad de reconstrucción de gestos, voces, palabras, calles, avenidas, modas, tendencias particulares, marcas de artículos de consumo, amores de infancia.

Los protagonistas del libro de José Emilio Pacheco son estas reconstrucciones, pero sobre todo son el producto de una sensibilidad capaz de dotar a cada uno de ellos de principios y actitudes y esquemas específicos que los distinguen en su unidad y a la vez los transforman en estereotipos de seres de una época, como el hermano del héroe de su narración que es un heredero de la preceptiva burguesa y moralmente acartonada, tras la cual se aprecia al "joven" que se coge a las sirvientas. O como Mariana, la madre del gringuito que va a la escuela (el Colegio México, supongo) con nuestro protagonista, quien se enamora platónicamente de

ella, sin imaginarse el tipo de vida "escandalosa" que ella lleva ante los ojos de las familias cristianas poseedoras de la varita mágica de las "buenas costumbres" de su época.

Así, el libro de Pacheco abarca dos ámbitos de nuestra historia: el de la creación literaria por excelencia y el de los textos testimoniales. La fusión, así de fácil como se señala, en pocas ocasiones produce textos literarios tan válidos y estilísticamente sólidos como éste. En ella radica el encanto de una sociedad que se desmorona y pierde su identidad pero sólo para buscarla y encontrarse ante ella, transformada en palabra, con el transcurso de los años. Las batallas en el desierto las hemos practicado todos en nuestra infancia o adolescencia: transformándolas en experiencia reflexiva o sensible que no es virtud de todos. Escritores como José Emilio Pacheco se encargan, periódicamente, de hacernos recordar que la literatura no es otra cosa que el acto por medio del cual conducimos la vida posible a los límites de la vida imposible o de la vida perdida.

16 de mayo de 1981

Antología personal de Juan García Ponce

“**A** mí la socialité literaria me importa un carajo; uno es siempre un pendejo que está toda la vida encerrado en un cuarto escribiendo. La elección es vivir por la literatura, por ella, no por los múltiples espejismos que inventa en nociones tan ambiguas como renombre, fama o celebridad.”

Las anteriores palabras se las he escuchado a Juan García Ponce veinte, cien, mil veces, y en ellas encontramos esa dosis de realidad que en diecisiete años un escritor se ha encargado de volver literatura, comprendiendo siempre que ésta es un reflejo del mundo, su espejo y su otra cara y que se vive para dotar de significados inéditos estos conceptos.

García Ponce lo ha hecho en una obra narrativa muy extensa, muchos de cuyos personajes parecen continuidad de otros, con situaciones similares entre uno y otro texto, por medio de un estilo cada vez más complejo que de aquella escena de *La casa en la playa* (1966), en donde logra un ambiente de erotismo absoluto en la descripción de una pareja que se acaricia con los pies desnudos en el interior de un automóvil, ha sufrido una evolución en diferentes temperamentos y situaciones que en su última novela, aún inédita, *Crónica de la intervención*, adquieren un tono único en nuestra narrativa, como se demuestra en la contraposición existente entre

la primera frase del libro (“Quiero que me cojan todo el día y toda la noche” en boca del personaje femenino) y el tema del segundo capítulo, que es la descripción de la primera comunión.

Lo divino y lo sexual, obsesiones como el voyeurismo, la ternura, la crueldad, el incesto y la negación de Dios; todo tejido en un ámbito cuyos personajes se aferran a la vida aun cuando han comprendido que en su seno fecunda el germen de la destrucción de la identidad por los sentidos. El artista está condenado a la soledad de la obra, una soledad irremplazable. Y todo esto se encuentra en la narrativa de García Ponce.

Revivir aquí la vieja polémica entre quienes afirman que es un pésimo ensayista y un excelente cuentista y quienes dicen lo contrario, sería objeto de un análisis profundo, que todavía nadie se propone, de los temas centrales que Juan García Ponce ha desarrollado en sus ensayos y obras teatrales. Y no está de más mencionar que redescubrió para dos generaciones de lectores a Thomas Mann y Robert Musil y que se ha propuesto, desde la posición más difícil —como traductor e intérprete— divulgar la obra de ese extraño francés con afilados rasgos de gato, converso sarcástico, pornográfico y teológico llamado Pierre Klossowski.

Volviendo a nuestro tema central —la narrativa— encontramos que su obra cuentística es breve (no más de diez textos) y de ella acaba de ser editada una selección hecha por su propio autor que integra una muestra redonda de su producción en el género: *Antología personal*.

El libro se inicia con dos cuentos del libro *Encuentros* (1972): “El gato” y “La plaza”; en ellos se registran fielmente los modos de vida de un sector característico de nuestra sociedad y se profundiza

en el análisis de la identidad humana. El hombre nunca es uno, la pareja no la componen dos seres: siempre está, más allá, aquello que los ata y los separa, representado ahora por ese pequeño gato gris que transforma la relación de un hombre y una mujer y, en otro sentido, por esa plaza que revierte la vida de un personaje X, descrita magistralmente:

...en la antigua nevería, bajo los portales, a un lado de los puestos de revistas y periódicos y de los cambiantes retratos de las películas del viejo cine... encontraba a un grupo de amigos. A esa hora permanente de luz que durante el día brillaba implacable sobre los laureles de la India, la cúpula del quiosco en el centro de la plaza, las lavadas piedras de la catedral y los edificios coloniales con el discrepante gallo que anunciaba la farmacia en una de las esquinas, empezaba a ceder haciéndose casi neutra... Después el lento llamado de las campanas de la catedral se extendía rodando sobre sí mismo por encima de la plaza en círculos cada vez más amplios y era como si el sonido lograra que el aire adquiriese sustancia marcándose en su intangible espacio como el movimiento concéntrico de las ondas que produce un objeto al caer en un lago tranquilo...

“El gato” es un relato breve que su autor retoma en la novela homónima publicada en Sudamericana en 1974. La vida de una pareja que empieza a depender de la presencia de un gato que, pronto, aparece en el edificio que ellos ocupan. El diapasón de la vida diaria que se abre cuando esa aparición imprevisible (que desaparecerá de un momento a otro) altera el orden de su existencia y desencadena la reacción de nuevos sentimientos que, al cerrarse,

dejarán sólo las cicatrices del olvido. Súbitamente, el hombre se da cuenta de que aquello que considera insignificante está imantado de sentido y puede transformar su destino. Alguien, algo, otro ser humano o la extraña posesión de un objeto, hace posible la realización de la identidad.

Las fibras de luz cada vez más delgadas se estremecen en los ojos amarillos del gato, en el resplandor ocre de los muros de la catedral erguida en esa plaza que un personaje contempla después de muchos años de ausencia como si estuviera ahí por primera vez. El asombro de ver que los actos son siempre únicos e irremplazables, testimonios de esa generación desgarrada (que así le dicen) a la que pertenece Juan García Ponce.

"Feria al anochecer", "Reunión de familia", "Imagen primera" y "Tajimara" son los cuentos que completan la *Antología personal*. Su forma exige lectores atentos y profundos precisamente por su aparente sencillez. Dejarse impresionar por la superficie del texto es caer en la trampa. Entre las líneas se agita ese vaivén oscuro de fibras y sangre, ese río subterráneo (recuérdese a Inés Arredondo) que arrastra en sus aguas la voluntad y el sosiego.

"Uno no escoge a sus autores, los autores lo escogen a uno pero hay que estar dispuesto a dejarse escoger", escribió alguna vez Juan García Ponce a propósito de las novelas de Pierre Klossowski. La frase es también aplicable a sus lectores: esos fantasmas.

Y aunque, como dicen algunos nuevos escritores, el elogio es nefasto, hay casos como éste en donde su geometría corresponde exactamente a la que ostenta la verdad.



En *Sendas de tinta* Roberto Vallarino (México D.F., 1955-2002) aborda los personajes y temas más destacados del medio cultural y artístico correspondiente a las últimas décadas del siglo XX, a través de los géneros periodísticos: nota informativa, entrevista, crónica, reportaje y crítica.

Con gran vocación literaria, el autor cultiva la poesía y el ensayo que lo aproximan sensiblemente a la vida y la obra de literatos como Octavio Paz, Juan García Ponce, Ruy Guerra, Gunther Grass, Huberto Batis; artistas plásticos como José Luis Cuevas, Juan Soriano y Marcelo Bonevardi, entre otros; iconos de la música como Frank Sinatra y los Rolling Stones. Por otro lado, Vallarino nos comparte a manera de crónica sucesos ocurridos en países como Irán e Irak durante su experiencia como corresponsal de guerra en Medio Oriente.

El libro cierra con un capítulo especial denominado “Encarta”, en él, Antonio Marimón, Manuel Aceves, Manuel Felguérez, Juan García Ponce, Marco Vinicio Barrera y León Bejarano nos comparten sus vivencias al lado de Roberto Vallarino, permitiéndonos conocer muy de cerca al fallecido autor.